

¡Zapata vive!

Francisco Pineda Gómez

Fragmento del libro de próxima aparición, La guerra zapatista, 1916-1919. Se publica en Proceso con autorización de Ediciones Era.

Chinameca, Morelos, jueves 10 de abril de 1919. Luego de un toque de clarín, la tropa del ejército carrancista ensilló y emprendió su marcha rumbo a Cuautla. El sol comenzaba a esconderse en el monte; eran las seis y media de la tarde.

El cuerpo del general Emiliano Zapata cabalgó, por última vez, con el pecho sangrante y amarrado, a lomo de caballo. Hombres, mujeres y niños de la Tierra Caliente salieron a ver la columna militar que pasaba por las rancherías. En la noche, la partida arribó a Cuautla.

Ese día, en Palacio Nacional, Venustiano Carranza se reunió con “prominentes hombres de negocios” de Chicago. En sus “carros palacio” de ferrocarril, con fotógrafos y cinematografistas, también llegaron a México contingentes de las compañías petroleras, mineras, industriales, comerciales y bancarias de Estados Unidos.

Mr. J. H.

Haile, presidente de la Cámara de Comercio de San Antonio, Texas, expresó alegremente: “en México no ha habido revolución”. Mientras tanto, acorazados yanquis se colocaron frente a la costa de Tampico para exigir la entrega incondicional del petróleo mexicano.

Coronel José Carmen Aldana, Ejército Libertador:

Íbamos a ver el cuerpo pa’ saber si jue Zapata o no. Por eso dormimos ahí [...].

Ya llegamos, estaba la gente afuera [...]. Nosotros buscábamos el dedo, acá mocho, aquí.

Dice un guacho: “Ora sí cabrones, ya quedaron huérfanos, ya su padre se lo llevó la chingada. Despídanse de su jefe”.

Agarraban la mano del jefe así y otros por ver su dedo. ¡Adiós, mi general!

Dicen: “Ahora, despídanse de su padre”.

– Sí, adiós mi general. Se nos acabó el orgullo.

– Es Zapata, ¿verdad que él es? ¿Cómo jijos de la chingada dicen que no? ¡Ése es Zapata!

– No es. ¡No es, cabrones!

Les metían chingadazos.

En

Cuautla, el jefe de la operación para asesinar a Zapata, general Pablo

González, ordenó que el doctor Loera inyectara el cadáver a fin de que fuera

exhibido en la Inspección General de Policía. Miles de personas desfilaron

delante del cuerpo; no sólo eran habitantes de Cuautla y poblados de la región,

también llegaron de la ciudad de México.

¿Están

completos los dedos de la mano derecha? ¿Tiene el lunar de la cara? ¿La

cicatriz de una cornada en la pierna? ¿Y el lunar con forma de mano en el

pecho? De inmediato, se expandió un rumor en el pueblo. No es Zapata.

Eusebio

Jáuregui –campesino de veinticinco años de edad, antiguo jefe de la escolta de

Emiliano– al principio sostuvo que el cuerpo no era de Zapata, pero después se

desdijo. La prensa aseguró: “todos confirman la declaración de Jáuregui hecha

ante el notario público”. Dos días después, en el panteón municipal de Cuautla,

Jáuregui fue fusilado por un pelotón carrancista.

La

soldadesca se exaspera, maldice, golpea, fusila. “No hay ninguna duda. ¡Es

Emiliano Zapata!” Los diarios hacen eco. “Las dudas hechas nacer por los

escépticos o por los interesados en cultivar aún la incredulidad de los

zapatistas *in mente*, desapareció al

fin: Zapata identificado hasta por sus partidarios y parientes, lo fue sin duda

en todo el país, por las fotografías que del cadáver ha publicado la prensa.”

Capitán segundo de caballería Serafín Plasencia Gutiérrez,

Ejército Libertador:

Y dice: “¿Usted, conoció a Zapata?”

—Sí, cómo no.

—Pase a ver.

Ya pasó a ver. Zapata tenía una cornada aquí, mire, en medio de la pantorrilla. Sí, lo alcanzó siempre el toro y le agarró aquí. Tenía aquí un lunar negro, de este lado, grande [...]. De menos tenía que tener la cicatriz. Tenía un dedo mocho [...]. Y el muerto no tenía nada de eso.

Por esa razón dijo ese jefe: “No es. No es, señor Guajardo”.

—Ah, ¿no es?

Que lo fusila, luego, luego. Claro que, después, la gente pues tenía miedo; todos decían, aunque no fuera, pues que él es, que él era y que sí fue.

Y a última hora, fue Juan Bustamante; el que mandaba los toros y todo el ganado de Coahuixtla, fue el caporal. Y le dice Guajardo: “¿Usted conoció a Zapata?”

—Cómo no lo voy a conocer, era mi compadre.

Y, luego, luego, pasó. Luego, dijo que no era.

Que le dice: “¡Ey, Guajardo!” —ése sí le contestó feo— “pendejo, no tengas miedo al pueblo. ¡No es!”

Y que lo sacan a culatazos a Juan Bustamante.

Entonces, que entra el señor Mora.

—¿Usted conoció al señor Zapata?

—Sí, cómo no.

Había sido mayordomo, después ayudante, había sido de la hacienda de Coahuixtla, y que entra. Luego, vio que no era.

—¿Es Zapata o no es Zapata?

Le dice: “Ay, señores, me van a matar por la mentira. Mátenme por la verdad. ¡No es!”

El sábado

en la tarde, ocho prisioneros rebeldes, escoltados, entraron a la pieza donde se exhibía el cadáver. El pueblo se había congregado ya en la plaza. Tres mujeres —unos reportes dijeron que primas; otros, que sobrinas de Zapata— se negaron a encabezar el cortejo fúnebre. En su lugar, desfilaron los generales, tenientes coroneles, mayores y oficiales del ejército federal, según los diarios.

Fotógrafos

y camarógrafos registraron escenas para la prensa y el primer noticiario cinematográfico de la capital. La multitud se agolpaba y la marcha inició con dificultad rumbo al cementerio. Al caminar, se abrieron puertas y ventanas.

El

féretro fue conducido a hombros por los presos zapatistas Encarnación Vega, Manuel Vega, Rafael García, Serapio Marca, Carmen Morales, José Romero, José de la Cruz y Jesús Guzmán.

Afuera

del panteón, la muchedumbre abrió paso. El cadáver de Zapata fue llevado a una fosa situada a la izquierda de la entrada, en la segunda fila, cerca de la pared que limita el cementerio. Su cabeza quedó orientada a la puesta del sol, muy cerca de un árbol de guayaba.

Mayor de caballería Félix Vázquez Jiménez, San Juan Ixtayopan, Tláhuac, Ejército Libertador:

¿Y no decidieron licenciarse?

Pues, yo por mi parte no, señorita. Pero, mis compañeros sí se licenciaron.

Y usted, ¿por qué no se licenció, si ya la mayoría había dejado las armas?

Pues, porque yo dije que nunca me iba a rendir; que mejor aventaba las carabinas, pero ser rendido nunca.

¿Qué pensaba usted hacer?

Pues nada [llora]. Es triste de que esté uno con... Agarra uno a Emiliano Zapata... se voltea uno solito... Pues, mejor muerto, que ser rendido.

Arrodillada,

una señora aguardó en silencio. Antes de que los enterradores empezaran a

cubrir el féretro, la mujer se irguió, tomó un puñado de tierra y lo arrojó

sobre la caja. En seguida se retiró, secándose la cara con el rebozo. Los

golpes sordos del martillo y las paladas de tierra que caen sobre el ataúd se

escuchan a distancia, en medio del silencio profundo. Suenan las campanas: seis

de la tarde.

La

noticia del asesinato de Emiliano Zapata se propagó de inmediato en la prensa.

El 11 de abril, uno de los diarios más importantes de la capital, *Excélsior*, encabezó su primera plana con

caracteres rojos, a ocho columnas, con la siguiente leyenda:

“Murió Emiliano Zapata:

el zapatismo ha muerto”.

Ése fue

el sentido que se quiso imponer al acontecimiento. *El Universal* comentó en la primera página: “Emiliano Zapata, el jefe más tenaz de la región suriana ha muerto ya; el zapatismo, sin su viejo hombre-bandera, ha terminado”. Por su parte, *El Demócrata* expresó en otro encabezado: “Ahora es fácil la tarea de exterminar los restos del endeble zapatismo”.

Todos los

diarios de Nueva York publicaron la noticia. *The New York Herald* editorializó el asesinato de Emiliano Zapata, con una incitación abierta: “Si la actividad de las tropas del gobierno de México continúa, no es remoto predecir que Villa quedará también suprimido [...]. El derecho a existir de cualquier gobierno de México depende de la habilidad que demuestre para exterminar a sus enemigos”.

En ese

momento para la resistencia popular el problema no era alcanzar la libertad o producir un modelo, sino tan sólo salir del callejón sin salida que había impuesto el gobierno con la imagen de la muerte. Y aquella noche, en Cuautla, se abrió una salida para ese callejón.

El poder

maquinó un rostro de muerte. La resistencia salió del encuadre, desplazando la mirada. Buscó en la mano, en las piernas y en el pecho las

señales que autentificaran
su propia verdad.

¡No es Zapata, cabrones!

¡Zapata vive, la lucha sigue!



Operaciones especiales para asesinar a Emiliano Zapata

*Dr. Francisco Pineda Gómez**

Las operaciones militares para asesinar a Emiliano Zapata comenzaron en 1911, inmediatamente después de que se organizara el Ejército Libertador. Ese año, hubo cuatro intentos fallidos que muestran, desde el inicio, cuáles fueron las fuerzas y las estrategias empleadas contra la revolución campesina de México.

Primero

fue una emboscada que montó el ejército federal en Jojutla –el 28 de abril de

1911– con apoyo de Ambrosio Figueroa y Guillermo García Aragón, maderistas.

Estos últimos pusieron el ingrediente del engaño necesario para llevar a Zapata

a la trampa. Hicieron creer que harían un ataque conjunto sobre Jojutla. Pero,

antes de emprender el ataque, el general en jefe del Ejército Libertador

recibió información de cómo estaban dispuestas las fuerzas federales y maderistas en Jojutla. Figueroa acampó cerca de la ciudad sin ser atacado, mientras que la artillería y las ametralladoras porfiristas se habían concentrado en la zona donde los zapatistas iniciarían el asalto. En esta ocasión y en otras posteriores, el trabajo de información de los insurgentes salvó la vida de Zapata.

Ambrosio

Figueroa, cacique de Huitzucó, Guerrero, tenía relaciones estrechas con las haciendas de Jojutla, en especial con los hermanos Felipe y Tomás Ruiz de Velasco. Desde ese campo, la oligarquía, se gestó el arreglo entre Figueroa y el porfirismo. La iniciativa vino de Guillermo de Landa y Escandón, senador porfirista en dos ocasiones, gobernador del Distrito Federal y sobrino del general Pablo Escandón, hacendado y gobernador de Morelos. El acuerdo con Ambrosio Figueroa se realizó a través del teniente coronel Fausto Beltrán, aquél que estará al mando de la emboscada en Jojutla. Para los maderistas, el principal resultado fue que Porfirio Díaz designara a Francisco Figueroa —hermano de Ambrosio— como gobernador provisional en el estado de Guerrero.

Luego que

falló la primera emboscada para asesinar a Emiliano Zapata,
los porfiristas
trataron de someterlo con ofrecimientos económicos. La
respuesta del jefe
insurrecto fue la ofensiva: el ataque y toma de Cuautla.
Pero, además, Zapata escribió
una carta que fue publicada el 10 de mayo de 1911: “Es
necesario que desechen esa farsa ridícula,
que los hace tan indignos y tan despreciables y que tuvieran
más tacto para
tratar con gente honrada [...]. Yo me he levantado, no por
enriquecerme, sino
para defender y cumplir ese sacrosanto deber que tiene el
pueblo mexicano honrado y estoy dispuesto a morir a la
hora que sea”.^[i]

El jefe del Ejército Libertador enfatizó
así los campos del enfrentamiento social: por un lado, el
pueblo mexicano
honrado; por otro, el enriquecimiento y la farsa ridícula de
los indignos y
despreciables.

Así, desde las primeras semanas de la multitud
insurrecta, quedó la marca imborrable en la memoria que
guardamos de Emiliano
Zapata, como símbolo de la dignidad y la honradez, en las
luchas del pueblo
trabajador mexicano.

Las fuerzas de la oligarquía

Al otro día de la toma de Cuautla, el maderismo y el
porfirismo
llegaron a un arreglo en Ciudad Juárez. El secretario de
Relaciones Exteriores,

Francisco León de la Barra, quedó como presidente provisional; fue abogado, diputado y embajador porfirista en Brasil, Argentina, Uruguay, Bélgica, Holanda y Estados Unidos.

Después, en febrero de 1913, León de la Barra apoyará el golpe de Estado contra Madero y nuevamente será secretario de Relaciones Exteriores. Al siguiente día del asesinato de Madero y Pino Suárez, en Lecumberri, el canciller huertista arguyó –ante el embajador de Estados Unidos– que su gobierno había trasladado a Madero y Pino Suárez a la penitenciaría porque ahí estarían más cómodos, que en Palacio Nacional, y más seguros (tal cual). Así consta en el archivo del Departamento de Estado.[ii] Durante su presidencia provisional se realizaron otros dos intentos para asesinar a Emiliano Zapata.

A la caída de Porfirio Díaz, Emiliano Zapata se reunió con Francisco Madero, el 8 de junio de 1911, en la ciudad de México. “En atención a los servicios que ha prestado usted a la revolución –dijo Madero– voy a procurar se le gratifique convenientemente de manera que pueda adquirir un buen rancho”. El jefe insurrecto le respondió enojado, “yo no entré a la revolución para hacerme hacendado;

si valgo algo, es por la confianza que en mí han depositado los campesinos”.[iii]

Entonces

se puso en marcha la siguiente operación. Si los rebeldes no se doblegaban con ofrecimientos, había que matarlos. Éste es un procedimiento fundamental del poder: la corrupción y el asesinato, el exterminio político moral y el exterminio físico, para acabar con las luchas del pueblo trabajador.

En julio

de ese año, un contingente zapatista asistió a la ciudad de Puebla para recibir a Madero y se instalaron en la plaza de toros. El campamento daba el aspecto de una feria, relataron dos testigos, “niños, mujeres y ancianos, por centenares, se encontraban, unos durmiendo y otros entonando canciones populares”. La noche del 12 de julio de 1911, el ejército federal atacó a los zapatistas: el fuego de fusilería que vomitaban las ametralladoras y los cañonazos, que disparaban a 150 metros, masacraron a las familias y a los insurrectos.[iv]

A la

mañana siguiente, Madero arribó a Puebla y visitó el cuartel del Carmen, frente a la plaza de toros. Allí felicitó a los asesinos “por su lealtad y disciplina”, encareciéndoles que obraran siempre así, pues era necesario

fortalecer al gobierno.

Además, pidió al presidente provisional que ascendiera al coronel asesino, Aureliano Blanquet, al grado de general.[v]

Y se

montó la emboscada. Cuando Madero se enteró de que Zapata hacía preparativos

para atacar a Blanquet, Francisco Vázquez Gómez –candidato maderista a la

vicepresidencia, en 1910– envió un telegrama que se copió en papel membretado del Estado Mayor de la Presidencia de la

República: “Urge saber si Zapata no se ha movido para esta capital [Puebla], vigilando sus movimientos y dándome aviso; listos

federales de confianza por si se ofrece movilizarlos repentinamente; urge orden

de que entreguen al general [federal] Agustín del Pozo \$ 20,000 hoy mismo, situación seria”.[vi]

En

seguida, Victoriano Huerta inició la ocupación militar de Morelos, con apoyo de

tropas maderistas de Veracruz, Hidalgo, Puebla, Oaxaca y Guerrero. En el primer

contingente de estas fuerzas irregulares, el mando estuvo a cargo de Cándido

Aguilar, quien después será gobernador carrancista de Veracruz, secretario de

Relaciones Exteriores y yerno de Venustiano Carranza. Ambrosio Figueroa fue

designado gobernador y comandante militar de Morelos, por iniciativa de

Francisco Madero. Éste le escribió al cacique: “Espero que su

patriotismo

aceptará esa invitación y nos pondrá en su lugar a Zapata, que ya no lo aguantamos”.[vii]

Victoriano

Huerta hizo la campaña militar “sin consideración alguna” y así lo comunicó a

Francisco León de la Barra. *El País*

informó que el capitán Girard Sturtevant, agregado militar de la embajada

Estados Unidos, formaba parte del Estado Mayor del general Victoriano Huerta.

Según información oficial, ese capitán enviaba sus informes a la División de

Inteligencia Militar de Estados Unidos.[viii]

A su vez, por aquellos días, David E. Thompson, el embajador saliente de ese

país, visitó al gobernador Ambrosio Figueroa y tuvo “frases cariñosas” para él.

En 1906, Thompson promovió la persecución de los magonistas y la represión a

los mineros de Cananea. También logró que el imperio controlara el agua de

riego del río Colorado, dentro de territorio mexicano.

El 25 de

agosto, Tomás Ruiz de Velasco escribió al presidente de la república, Francisco

León de la Barra: “Ayer regresó [Ambrosio] Figueroa, quebró buen número [de

rebeldes...] Zapata en Jojutla [...] ¿habrá modo de eliminarlo?” [ix]

El

presidente provisional trabajaba con ese objetivo. El 31 de agosto, informó a Huerta: "Telegrafíame Zapata de Ayala, diciéndome que sólo tiene una pequeña escolta. Comunícolo a usted para que conozca el punto de donde me telegrafía [...] puede usted proceder con libertad de acuerdo con [Ambrosio] Figueroa y [Gabriel] Hernández". Huerta se dirigió inmediatamente a Villa de Ayala y atacó la población durante una hora. Pero Zapata ya no estaba ahí. Entonces informó al presidente que, inmediatamente, enviaría una columna para apoyar al figueroista Federico Morales, que estaba combatiendo a Emiliano Zapata, en Chinameca. León de la Barra le respondió con insistencia, "puede usted proceder con libertad".[x]

Ahí, en Chinameca, ocurrió el nuevo intento para asesinar a Zapata. El general insurgente Próspero García Aguirre relató que, llegando a la hacienda, los rebeldes pidieron permiso para jugar unos toros; jugaron dos días y el administrador de la hacienda llamó por teléfono a Cuautla para delatarlos.

"Zapata estaba comiendo en la casa de Santiago Posada, cuando le llegó el parte de que el gobierno lo sitiaba. Salió en su caballo y, ya en el obrador, se quedó parado con quince hombres que lo rodeaban armados. Y el gobierno ya venía,

cuatrocientos hombres armados sobre él. Se apeó del caballo, metió mano al rifle y empezó a tirar. Montó en el caballo, se revolvió con unos y salió. Salió con dos y él, tres. Se fue pa'l cerro".[xi]

Al terminar su periodo provisional, Francisco León de la Barra dio un informe al Congreso: "el problema del desarme y dispersión de las fuerzas revolucionarias", en Morelos, "fue mayor que en otras partes del país", porque los zapatistas "adoptaron una actitud insumisa". Luego, señaló oposiciones significativas del pensamiento oligárquico. En un campo, Victoriano Huerta, un "jefe de prestigio"; en el otro, Emiliano Zapata, "el jefe del movimiento sedicioso que se hizo popular entre las clases incultas del Estado por ofrecimientos de repartición de las tierras, sin tener en cuenta los derechos de propiedad";[xii] es decir, el "derecho" de los usurpadores de tierras, montes y aguas, desde la época de Hernán Cortés.

El general en jefe Emiliano Zapata: "¿Cómo se hizo la conquista de México? Por medio de las armas. ¿Cómo se apoderaron de las grandes posesiones de tierras los conquistadores, que es la inmensa propiedad agraria que por más de cuatro siglos se ha transmitido a diversas propiedades? Por medio de

las armas. Pues
por medio de las armas debemos hacer porque vuelvan a sus
legítimos dueños,
víctimas de la usurpación”.[xiii]

Villa de Ayala

Las operaciones militares más elaboradas para asesinar a
Emiliano

Zapata ocurrieron en Villa de Ayala y en Chinameca, noviembre
de 1911 y abril

de 1919. Es decir, durante los gobiernos de Francisco Madero
y Venustiano

Carranza. El rasgo distintivo, en ambos casos, fue que
lograron fijar a Zapata

en un lugar, por medio del engaño, y lo atacaron con un poder
de fuego

considerable.

El 6 de noviembre de 1911, Francisco Madero llegó a la
presidencia, después de unas elecciones en que obtuvo menos
de 20 mil votos, en un país de 15 millones de habitantes. Ese
día comenzó la operación militar contra Zapata. Fuertes
contingentes del ejército federal y tropas de Ambrosio
Figuroa se concentraron en Cuautla. Al mismo tiempo, arribó
el licenciado Gabriel Robles Domínguez, con una misión
secreta del gobierno, se dijo.

La primera etapa de la operación, consistió
en hacer creer que Robles Domínguez negociaría un acuerdo con
Zapata y que

Ambrosio Figuroa sería removido como gobernador de Morelos.

Mientras tanto, las

tropas del gobierno hicieron exploraciones alrededor de Villa
de Ayala, donde

se realizaban las conversaciones.

El 13 de noviembre, el cerco militar sobre Emiliano Zapata ya estaba dispuesto, con artillería pesada y ligera, ametralladoras y una emboscada a cargo Federico Morales, por si Zapata lograba escapar.

Entonces, Robles Domínguez envió un mensaje al general en jefe del Ejército Libertador. Le comunicó que estaba sitiado y que sólo tenía una hora para rendirse al gobierno. Pero el jefe de los insumisos no se rindió.

Después de las tres de la tarde, en Cuautla, se escucharon las primeras detonaciones de cañón. Por la noche, se observó el resplandor rojizo causado por las explosiones la artillería pesada. Una parte del cerro del Aguacate, donde los zapatistas se agruparon, estaba en llamas.

Ese día, Robles Domínguez declaró a la prensa: “Madero, viéndose obligado a demostrar que puede reprimir la rebeldía, ha ordenado que se obre enérgicamente”; “Madero ha determinado tomar enérgicas y activas medidas para eliminar a Zapata y a sus seguidores”. En esa emboscada murieron muchos revolucionarios y *El País* lo festejó con un encabezado, en primera plana: “Los cadáveres de los zapatistas fueron un festín para los buitres”.[xiv]

Emiliano Zapata, Otilio Montaña y Eufemio Zapata, con sus tropas, lograron romper el cerco y se

dirigieron a las montañas del sur. Pocos días después, ahí, el ejército insurgente proclamó el Plan de Ayala, “para acabar con la tiranía que nos oprime y redimir a la Patria de las dictaduras que nos imponen”.

Artículo 1° [...] “declaramos a susodicho Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la Revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la voluntad del pueblo y pudo escalar el poder; incapaz para gobernar por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos, y traidor a la Patria por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades, a fin de complacer a los científicos, hacendados y caciques que nos esclavizan y desde hoy comenzamos a continuar la revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen”.[xv]

A su vez, el gobierno de Madero respondió con una ley de suspensión de las garantías constitucionales en territorio zapatista (Morelos, Guerrero y Tlaxcala, así como distritos de Puebla y el estado de México). Estableció la pena de muerte sin proceso judicial, hasta por tirar piedras a las vías del tren, a fin de acabar con una sublevación que –dijo– había tomado la forma de un “comunismo agrario”.[xvi] Con esa ley

dio inicio una nueva etapa de la guerra contra la revolución campesina de México, el ataque masivo contra la población civil.

Santa María Ahuacatitlán, Morelos, 9 de febrero de 1912. Los zapatistas se atrincheraron en los cerros y en los tecorrales, ahí resistieron el ataque de la artillería federal. “El tiroteo había terminado, cuando repentinamente se levantó una densa nube de humo y luego inmensas llamas”, escribió el reportero Leopoldo Zea. Las fuerzas del gobierno habían prendido fuego a las casas. Las mujeres, niños y ancianos de la población salieron de sus hogares lanzando gritos de sufrimiento. En ese momento, los combatientes zapatistas abandonaron sus trincheras y avanzaron hacia su pueblo incendiado. En sus rostros “se pintaba la rabia, la desesperación y la venganza [...]”. El incendio volvía a los rebeldes ciegos y desesperados. Mostráronse valientes como nunca bajo nutrida fusilería, sembrando el camino de cadáveres cuando descendían para llegar al pueblo, buscando sus hogares que desaparecían”. [xvii] El combate se generalizó en una extensión de dos kilómetros y la artillería reanudó sus disparos. La ferocidad y la cobardía del gobierno revoloteaban. Finalmente, los zapatistas lograron retomar el control de Santa María Ahuacatitlán. A las siete de la noche terminó el ataque. La

tropa del gobierno
venteando petróleo y aguardiente regresó a Cuernavaca, desde
donde podía observarse
el resplandor de la inmensa hoguera.

Ésa fue la primera acción militar del
gobierno maderista en contra de la población civil. La
estrategia militar genocida
será continuada por el usurpador Victoriano Huerta y, sobre
todo, con fuerte
apoyo militar de Estados Unidos, por el gobierno de
Venustiano Carranza.

Chinameca

El general Pablo González expresó abiertamente el racismo de
la guerra
carrancista de exterminio: Emiliano Zapata “tenía que caer
por el ineludible
imperio de la ley biológica que condena a los seres
inferiores y deformes, y
que hará siempre triunfar a la civilización sobre la
barbarie, a la cultura
sobre el salvajismo, a la humanidad sobre la bestialidad”.
Para el jefe de la
guerra genocida en el sur, Zapata fue “la encarnación de la
más estúpida
barbarie”, tuvo una “vida miserable y vulgar, y por su
cretinismo congénito,
por su absoluta inferioridad mental [...] fue simplemente un
bandolero, un
criminal, un azote maldito de su propia tierra natal”.[xviii]

Ese
manifiesto carrancista –dirigido al pueblo de Morelos y
suscrito en Cuautla, el

16 de abril de 1919– tuvo otro ingrediente discursivo. Pablo González designó reiteradamente a Zapata como “caudillo”, cinco veces en tres páginas. En vida, nadie llamó “caudillo” a Emiliano Zapata, ni sus compañeros ni sus enemigos. Ahí, en ese manifiesto racista, está el origen de la denominación “caudillo”. El propósito contrarrevolucionario de tal estrategia discursiva fue señalado en el mismo documento: “Desaparecido Zapata, el zapatismo ha muerto”.

En el mismo documento, se pueden apreciar cuestiones estratégicas de la operación militar. La jefatura carrancista consideró la dificultad que representaba el método guerrillero de los insurrectos, aunque no dijo lo principal que es el apoyo del pueblo: eludían el combate regular, operaban en movimiento continuo, con información de calidad y conocimiento del terreno. Emiliano Zapata, “siempre desconfiado y siempre alerta”, era “invisible e inalcanzable”. Por eso había logrado sobrevivir a las operaciones previas para asesinarlo.

Entonces, indica ese manifiesto, era indispensable realizar una “labor especial” contra Zapata, basada en el engaño y la sorpresa, para “acorralarlo como una fiera”. En consecuencia, Pablo González resolvió “aprovechar la oportunidad” que

“ofrecía el mismo cabecilla, para asestarle un golpe mortal”.

En

efecto, hubo una grieta en la política rebelde. En noviembre de 1916, poco antes de triunfar sobre la primera invasión carrancista en Morelos, la jefatura del Ejército Libertador estableció un órgano consultivo del Cuartel General, cuya misión fue propagar los principios de la revolución y procurar la unificación de los revolucionarios del país. Meses después, comenzaron los enfrentamientos y sublevaciones dentro del ejército carrancista. El 12 de mayo de 1917, Emiliano Zapata entregó a Gildardo Magaña la tarea de acercarse a esos grupos, “toda vez que usted, desde el principio, ha llevado la conducción de este asunto”.[xix]

Magaña

privilegió el objetivo de lograr un arreglo, precisamente, con Pablo González y con esto abrió la grieta que utilizará el asesino, en 1919. Tres meses antes de la emboscada de Chinameca, Pablo González intentó una operación de exterminio mayor. Indicó a Magaña que él estaba dispuesto a tratar todo lo relativo a la unificación con el zapatismo: engaño. Que, mientras se verificaban las conferencias, “todos los grupos revolucionarios” podían concentrarse en algún lugar de Morelos, donde tendrían “toda clase de garantías”: trampa

mortal que no se
realizó.[xx]

En esas
condiciones, la necesidad de aprovechar la grieta era
imperiosa para el
gobierno y sobrevino la operación especial que logró asesinar
a Emiliano
Zapata. La operación final tuvo una secuencia específica de
engaños: a) filtrar
información falsa acerca de un supuesto conflicto entre Pablo
González y Jesús
Guajardo; b) establecer una relación constante de Guajardo
con Zapata, por
correspondencia; c) simular un ataque de Guajardo a la
guarnición carrancista
en Jonacatepec; d) prometer tropa, municiones, víveres e
información militar;
d) finalmente, el elemento decisivo del engaño ocurrió el 9
de abril, cuando
Guajardo fusiló a 59 soldados de de Victorino Bárcenas, ex
zapatista, integrante
del regimiento al mando del propio Guajardo.

Emiliano
Zapata, por su parte, adoptó contramedidas: desde el 2 de
abril, colocó al
coronel Feliciano Palacios –zapatista de Villa de Ayala–
dentro del cuartel de
Guajardo y exigió el castigo inmediato de Victorino Bárcenas.
La primera medida
falló porque se hizo con el conocimiento de Guajardo y éste
pudo ocultar su verdadero
propósito. La segunda se derrumbó con el fusilamiento de los
59 soldados. Eso

fue decisivo y el general en jefe del Ejército Libertador quedó expuesto por completo.

Un día

después, las tropas del 50° regimiento y una fracción del 66° regimiento

carrancista ejecutaron la emboscada en Chinameca. Los soldados de Guajardo,

preparados en las alturas, en el llano, en la barranca, en todas partes, cerca

de mil, descargaron sus fusiles. La sorpresa fue terrible.

Nuestro inolvidable

general Zapata cayó para no levantarse más, escribió ese día el mayor Salvador

Reyes Avilés.[xxi]

Venustiano

Carranza premió a Guajardo con 50 mil pesos y su ascenso al grado de general.

* * *

¿Y no decidieron licenciarse?

Pues, yo por mi

parte no, señorita. Pero, mis compañeros sí se licenciaron.

Y usted, ¿por qué no se licenció, si ya la mayoría había dejado las

armas?

Pues, porque yo

dije que nunca me iba a rendir. Que mejor aventaba las carabinas. Pero ser

rendido, nunca.

¿Qué pensaba usted hacer?

Pues nada [llora].

Es triste de que esté uno con... Agarra uno a Emiliano Zapata... se voltea uno solito... Pues mejor muerto, que ser rendido.

Mayor de caballería Félix Vázquez Jiménez,

San Juan Ixtayopan, Tláhuac, Ejército Libertador.[xxii]

Aunque humildes,
pero honrados. Esa bandera llevamos y es con esa bandera, le digo a mis hijos,
con esa bandera acabamos, porque es lo mejor.

Teniente coronel de caballería Simón Román Alcalá,

Juchitepec, estado de México, Ejército Libertador.[xxiii]

[i] Carta

de Emiliano Zapata a Fausto Beltrán, *El País*, México, 10 de mayo de 1911.

[ii] El

embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, al secretario de Estado, Philander C. Knox, México, 23 de febrero de 1913. Foreign Relations of the United States, 812.00/6322.

[iii]

Conversación citada por Gildardo Magaña, en *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, INEHRM, México, 1985, t. I, pp. 160-161.

[iv]

Testimonio escrito del doctor Guillermo Gaona Salazar y el ingeniero Gustavo

Gaona, en Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas (1909-1913)*, Universidad Iberoamericana-El Caballito, México, 1982, p. 326.

[v]

Idem.

[vi] Telegrama

de Francisco Vázquez Gómez al ministro de Gobernación, copiado en papel membretado

del jefe del Estado Mayor de la Presidencia de la República, Puebla, 15 de

julio de 1911. Fondo Gildardo Magaña (FGM) 27, 1, 180 (clasificación antigua).

[vii] Francisco

Madero a Ambrosio Figueroa, México, D. F., 9 de agosto de 1911, en Gildardo

Magaña, op. cit., p. 265.

[viii]

Véase René de la Pedraja, *Wars of Latin*

America, 1899-1941, McFarland ed., Londres, 2006, p. 450.

[ix]

Tomás Ruiz de Velasco a Francisco León de la Barra, México, 25 de agosto de

1911, FGM, 1, 3R, 480.

[x] Telegramas

entre el presidente provisional Francisco León de la Barra y el general

Victoriano Huerta, México, 31 de agosto y 1° de septiembre de 1911. En el informe de Victoriano Huerta a la Secretaría de Guerra y Marina (documentos), *El País*, 5 y 6 de noviembre de 1911.

[xi]

General Próspero García Aguirre, Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel y Salvador Rueda en Tlatenchi, municipio de Jojutla, Morelos, el 16 de agosto de 1975. Proyecto de Historia Oral, INAH.

[xii]

Informe del presidente provisional Francisco León de la Barra al Congreso, *El País*, 5 de noviembre de 1911.

[xiii]

Carta del general Emiliano Zapata a Gildardo Magaña, Campamento Revolucionario, octubre de 1913, Fondo Genovevo de la O 17, 2, 34.

[xiv]

Declaraciones de Gabriel Robles Domínguez a la prensa, Cuautla, Morelos, 13 de noviembre. *El Imparcial* y *The Mexican Herald*, México, 14 de noviembre de 1911. Nota de *El País*, 16 de noviembre de 1911.

[xv] Plan

de Ayala, 25 de noviembre de 1911, en *Emiliano Zapata. Antología*, Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda, INEHRM, México, 1988, p. 114.

[xvi]

Ley de suspensión de las garantías constitucionales, *Nueva*

Era, México, 11 y 12 de enero de 1912.

[xvii]

“Entre un mar de llamas se batieron en Santa María”, Leopoldo Zea, corresponsal viajero, *El Imparcial*, 10 de febrero de 1912.

[xviii] Manifiesto del general Pablo González a los habitantes de Morelos, Cuautla, 16 de abril de 1919. Archivo del General Manuel Willars González, jefe del Estado Mayor de Pablo González, CEHM, LXVIII-1, 2896, 21, 1.

[xix] Emiliano

Zapata a Gildardo Magaña, Tlaltizapán, 12 de mayo de 1917. Fondo Emiliano Zapata 13, 14, 1.

[xx]

Carta del coronel carrancista Eduardo Reyes (mensajero de Pablo González) a Gildardo Magaña, Atlixco, Puebla, 10 de enero de 1919. FGM 30, 24, 423.

[xxi] Mayor

Salvador Reyes Avilés a Gildardo Magaña, Ejército Libertador. Campamento revolucionario en Sauces, Morelos, 10 de abril de 1919. FGM 30, 36, 580.

[xxii]

Mayor de caballería Félix Vázquez Jiménez, Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel en San Juan Ixtayopan, Tláhuac, Distrito Federal,

el 10 de agosto de 1973. PH0, INAH.

[xxiii] Teniente coronel de caballería Simón Román Alcalá, Ejército

Libertador. Entrevista realizada por Alicia Olivera de Bonfil en Juchitepec, estado de México, el 13 de octubre de 1974. PH0, INAH.

* Profesor investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, autor de *La irrupción zapatista, 1911; La revolución del sur, 1912-1914; Ejército Libertador, 1915 y La guerra zapatista, 1916-1919*, Ediciones Era.